Disco

(*Por Carla Castelo*) Ellos se miran sin dolor: unos a otros. Cada noche giran en falso detrás de algún amor esquivo y tan cambiante. Así pasan los meses mientras se ojean de soslayo en una disco, apretados de sudor perfumado y minifaldas. El azar –o el vacío de no encontrar motivos– los apila en esa fila de promesas vanas, en ese estado de histeria permanente.

–Me miró –imagina Sofía mientras se empapa de rubor.

–Vos no le des cabida hasta que él se acerque y se haga cargo –aconseja Mariana ensimismada.

Y el show comienza a eso de las dos. El sábado los espera con el gesto hosco del mono de la puerta. Y ellos se enlazan en ese rito absurdo de esperar: que el gorila de traje no encuentre alguna razón para evitar la entrada; que el chico/a que les gusta no se transe a otra (al menos, esta noche); que centenares de personas indistintas se den vuelta para mirar el cuerpo que con tanto esfuerzo trabajaron: que la vida les depare un coche, una familia; o sea, olvidar el presente, reírse del pasado, agitar el futuro como las porristas ausentes de Kurt Cobain.

Ellos esperan. Las chicas suspenden la mirada en un sector del cielo para no verlo a "él". Los pibes se desvanecen en guiños y hablan del gimnasio. Se escudan en la extensión de un nombre propio: amigos que buscan la ocasión de mostrar el tórax colectivo.

–Es mía –dice Rodrigo y todavía no sabe de cuál habla.

Después, la noche va tragando el rimmel de los ojos. Y la luz lastima. La marcha suena cruel sobre las sombras de lo que nunca es, de lo que podría haber sido. El pecado deambula solitario una vez más.

–¿Por qué no me miró? –pena Sofía.

Amanece. Se cruza un viejo con el pan caliente y algún diario fresco de noticias. En tanto, las discos escupen las sobras del festín: una sonrisa ansiosa, el desayuno en la esquina, las frases que se desencadenan inconclusas, el miedo de entender al fin las reglas de este juego: las medias negras camino a una estación y ese próximo sábado en el alma.



Por Raquel Poblet

LA LUNA RODANDO POR CALLAO

El amor a la gastronomía y las conductas criminales no son tema nuevo. "La especialidad de la casa", de Stanley Ellin; "Una modesta proposición", de Jonathan Swift, y "Aceite de perro", de Ambrose Bierce son –apenas– dos de las estrategias más conocidas a la hora del me muero por comer algo. Aquí, Raquel Poblet (Buenos Aires, 1962) cocina la versión porteña del fenómeno e invita a degustarla en un restaurante llamado El Loco Berretín. Un sitio donde se promete –y se cumple– la oferta de "arte y placer". Eso sí: depende del lugar que a uno le toque en la mesa. O en la cocina.

Creímos que sería más fácil y, sobre todo, más económico. En estos tiempos conviene tener la billetera cerrada, aunque ni el Ruso ni yo la usemos. Las primeras veces hacíamos Callao por ese tango que cantaba la vieja, ese que decía: "No ves que va la luna rodando por Callao", y claro, una redondez tan blanca al Ruso y a mí nos ponía como locos, como si nos chupáramos tres grapitas al hilo. En las noches de calor nos era más fácil, sobre todo en enero, que Buenos Aires está vacía, la gente anda sin abrigos y no se te escapa. Igual a las carteras y estuches los tirábamos al cordón de la vereda. Lo más jodido son las minitas adolescentes. Gritan como unas descosidas, hasta te diría que es preferible agarrarse a trompadas con un chabón. Eso sí, con los pibes mucho no nos metemos porque tienen poco. Lo mejor son las minas de dieciocho a treinta y cinco años. Esas son las que dan en abundancia.

La idea de poner un boliche fue del Ruso. Y con eso no sólo tiramos; pasamos al frente como dos bacanes. Vos sabés que mi vieja era famosa en toda la villa por sus habilidades culinarias. Unos pasteles de papa se mandaba, unos locros, unos pestos para pasar a la historia o para ganarse el Premio Nobel. Pero el Ruso, que si hubiera nacido con guita y cultura hoy sería un empresario norteamericano, dio en la tecla. Se plantó delante de mi querida madre y espetó: "Doña María, la cena de hoy ha honrado para siempre mi humilde paladar. Por ello, creo llegada la ocasión de hacerle la siguiente propuesta...".

Nos miramos a los ojos. El Ruso, con toda su pinta, sus anteojos ahumados y sus adidas, hablaba parado frente a la mesa. Como en esas películas en las que los quías importantes se levantan con la copa y dicen discursos frente a los demás invitados.

"Su talento gastronómico no tiene perdición, querida señora, y en estos tiempos en que todo falta y nada sobra, creo conveniente poner en funcionamiento un comercio de empanadas."

Nos quedamos duros. El Ruso a veces tiene cada ocurrencia... Hacía como diez años que nos habían echado de Peugeot y desde ahí lo único quehicimos fueron changas varias. Soldamos cañerías, cambiamos cueritos de canillas, y hasta le pintamos el toldo a Don Gabriel que, aunque nos contrató de favor, se lo dejamos como nuevo, como para una película de James Bond.

Con esa guita tiramos bastante. Mi vieja, por suerte, siempre trabajó por horas y en casas buenas, aunque para llegar hasta su trabajo se gastaba un tercio de su jornal. Yo trabajé en tornería y también aprendí a soldar. Me pagaban por día y nos arreglábamos. Aquello fue bueno porque me mandaban a llamar seguido. Hasta lo acomodé al Ruso, que también andaba en la lona, y hasta pude hacer un curso de plomería en la UOCRA, con diploma y todo. Al principio cobraba caro pero, con el tiempo, el laburo empezó a escasear cada vez más. Un día vendimos la casita y el Ruso se vino con nosotros para acá. Fijate qué pasta de albañiles que tendremos que con unos ladrillos, cemento y chapa nos hicimos una de dos piezas, casi como la que teníamos antes. Allí empezamos a salir de noche, a juntar cartones y cosas que pudieran servir. Armamos una carretilla fenomenal, como la que hubiera querido tener cuando pibe. Y le vendíamos cartón al almacén y al capataz de la construcción esa que está en la calle Santa Fe, que en aquellos tiempos era la demolición de una fábrica de cerveza. Doscientos pesos con cincuenta nos pagaban por plancha, y si les conseguíamos del corrugado, trescientos. Me acuerdo patente del precio porque aquella fue nuestra primera experiencia en venta. Ya éramos socios, pero al Ruso no le gustaba joderse la pinta y volver a la villa hecho un zaparrastroso. A mí me daba lo mismo, con tal de laburar... Eso sí, a Peugeot íbamos todos los días a ver si nos reincorporaban, pero no estaban ni las cucarachas... Qué sé yo! Se habían ido los milicos –¡mama mía!–, apareció el bigotudo sonriente y nos imaginamos lo mejor.

Pero te sigo contando lo de la calle. Empezamos por Constitución y abandonamos al toque porque la yuta no te deja en paz y está lleno de pungas. Además, vos sabés, lo mejor está en las zonas bacanas. Pero todo de a poco, como decía el General: "Todo en su medida y armoniosamente"; es decir, no es que al Pocho ni a nadie le gustara esto que hacíamos, pero no quedaba otra. Seguíamos hacia el lado de Congreso, ¿me explico?, yendo hacia el norte, que es donde hay más guita y, por lo tanto, más calidad. Siempre de noche o de mañana bien temprano. Entre Ríos, Callao, hasta Santa Fe. Ahí está lo mejor, lo más jugoso. Ya para esta época el boliche funcionaba por encargo. Nos hacían pedidos del almacén, del bar del tano Mosquetini y para fiestas importantes. La vieja se mataba, por eso contrató a la Laurita, que vivía dos casillas más atrás. Digo vivía porque, pobrecita, cuando se enteró le dio una pataleta y quedó muda para siempre. No abrió más la boca. Pobrecita, era la mano derecha de mamá, seria y leal para el laburo. A veces me pregunto ¿quién pudo haber sido el alcahuete?

Pero ahí empezamos a manejar guita en grande. El Ruso la puso en bancos y plazos fijos y pusimos el toldito en la ruta. Se ve que el olorcito llegaba lejos porque los autos hacían cola para probar las ricas empanadas de carne de:

El Loco Berretín
"Arte y Placer"

Y cada vez más guita. Nos acordábamos con un poco de tristeza de los tiempos en que nos levantábamos temprano para ir a la fábrica, aunque nunca voy a dejar de reconocer que en aquellas épocas modestas de sueldos y horarios vivíamos más tranquilos. La mishia vino después. Pa' que te voy a hablar. Ahora también teníamos que trabajar. A veces uno se quedaba ayudando a mamá a hacer los repulgues y otro salía a hacer la calle. También había que proveerse de aceitunas, pasas de uva y harina para la masa. En la villa decían que yo cafisheaba a mi propia madre, pero ¿qué sabe la gente lo que es salir a la calle todas las noches exponiéndose aque un día la tapera, ñácate? Además, a veces también cocinábamos. Eso sí, empanadas no podíamos comer. ¿Sabés lo que es verlas todos los días? Te asqueás. Preferíamos comer a la parrilla. Un buen churrasquito, un vacío. Si total los cortes son iguales. Nalga, ubre. De primera, hermano. Esos son festines. Después de las parrilladas con tinto salíamos a ver la luna rodando por Callao. Nos enloquecíamos. Caminábamos co-



mo astronautas. Con el auto estábamos a un toque. El centro era nuestra pasión, nuestro delirio y nuestra fuente primordial de ingresos.

Con el boliche, que, te digo, lo pusimos con dos mangos, nos forramos. Compramos el auto y ya era otra historia. Pilchas nuevas y de las mejores. Cuando andás así elegante la gente te mira distinto; te saluda distinto; te mira el pecho, la solapa, la corbata... Eramos señores. No teníamos por qué agarrar a nadie por la fuerza ni trompearnos. Poníamos la voiturette en marcha y agarrábamos Entre Ríos, hasta Callao. A veces, con una simple seña, ya teníamos dos o tres minas para salir. Ibamos a la City, a Paladium a El Paraíso, que es donde le gusta ir a esa gente. La verdad, no entiendo. Las luces son de lo mejor, las pantallas de video te entretienen, pero hay más bochinche y más quilombo que si te encerrás en el baño con la barra del Tula. Claro que para nosotros eso era laburo. Con auto y a lo bacán, no como al principio. Ahora la gente accedía gustosa a nuestro festín. Niñas de dieciséis a treinta, con los mejores lomos. Pibes de quince que, aunque fibrosos, rinden muy bien para las del tipo santiagueño. Cuando entrábamos al descampado, generalmente, empezaban los forcejeos.

–¿A dónde me traés?

–Al jardín del Edén –contestaba serio el Ruso. –Te va a gustar.

–¿Qué hacés, hijo de puta? ¿A dónde vas?

–Calmate, pibe, que al Ruso y a mí no nos gusta la violencia.

Y era cierto. Jamás me gustó pegarle a alguien, por eso, cuando el laburo se puso bueno, adquirimos directamente de fábrica un somnífero en aerosol y santas pascuas. Con la gente dormida todo es más fácil. Espichan de un golpe debajo de la nuca y no sienten nada, no hacen ruido y no despertás a nadie en la madrugada, cuando los cuerpos toman ese tinte rosado que el amanecer da a las cosas. Nosotros siempre nos cambiamos la pilcha para empezar la faenita en el terrenito de atrás. Primero nalga, que es la mejor parte. Una, luego la otra. Los muslos también ofrecen la de mejor consistencia y sabor. Te cuento que, para esto, lo mejor crece en la Recoleta. Lo más abultado y redondo. Ahí las minitas se cuidan y se ocupan de rellenar sus sectores más carnosos. Con los chabones es distinto. Los pibes están buenos para otro tipo de empanadas, las santiagueñas, te dije, las que llevan pasas de uva y el relleno es más durito. De todos modos, es una carnecita que se dora lindo. Y uno se acostumbra siempre a lo más difícil; porque, te digo, carnear es difícil. Hay que tener valor, sacar pecho, cuchillo y hacerlo. Rebanar primero lo más abultado: nalga, ubre, pierna. Y el resto, que todo sirve.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

Resumen: *Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico, lleva una vida complicada, de extrañas aventuras. En la cúpula secreta de su edificio, ya convertido en Catcher, integrante de Magia, establece contacto con su enigmático mentor: Subjuntivo. Pero en el lugar aparece un intruso.*

15 THE GOALKEEPER DAY

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Debí haberlo supuesto: sólo podía ser él.

Etchenique.

–No puedo creer esto –dijo.

–Yo tampoco, en realidad –dije resignado.

La máquina, que había detectado la presencia de extraños en la zona de comunicación, se retrajo. En un instante sintetizó la secuencia de despedida prácticamente sin despedirse. Los colores giraron de pantalla en pantalla en el sentido de las agujas del reloj hasta disolverse en el blanco que los componía, y finalmente cuajaron en una claridad lechosa.

–¿Puedo subir? –dijo el veterano mientras se empinaba milagrosamente apoyado en los codos.

Lo ayudé a emerger y no bien estuvo dentro echó una mirada de admiración matizada de puteadas amistosas:

–¡Qué lo parió, Pirovano! ¡Qué buen bulín se ha montado! –dijo el antiguo.

No lo contradije.

Tampoco él se sintió obligado a explicarme cómo había llegado hasta ahí.

–Cuando yo estaba en el edificio, esto no existía –aseguró.

–Es cierto: la reforma es posterior –dije enigmático.

Me miró como dándome a entender que nada lo detendría, que en algún lugar estaba enojado o poco menos.

–Permiso.

Se limpió con soltura el polvo del traje inadecuado a su físico y a la época del año y buscó dónde sentarse.

Encontró una silla giratoria con respaldo ajustable y se la calzó a los riñones con ademán seguro. Se lo veía seguro en general.

–Dígame –dijo.

–Dígame usted, maestro –dije–. Es el intruso.

–Intruso, las pelotas.

Ahí fue cuando comprendí que no había casualidades, que el costo iba a ser caro. Prosiguió:

–El asunto es así: usted me cae bien, Pirovano...

–Usted también.

–No me interrumpa –y giró teatralmente el sillón–. Usted me cae bien pero hay cosas que no cierran.

–¿De adentro o de afuera? –¿Cómo dice?

–Si no cierran de adentro o no cierran de afuera –repetí tratando de recuperar la iniciativa en nuestro match de esgrima–: esa puerta, por ejemplo, debería haberla cerrado de adentro.

–Pero no la cerró: usted deja todo abierto, Pirovano... –dijo con cierto aire perdonavidas–. Con menos de un día de trabajo que le dediqué, sin emplearme demasiado, mire hasta dónde pude llegar.

Y se señaló, ufano, a sí mismo.

–¿Me estuvo siguiendo?

Asintió con una sonrisa entre culpable y sobradora.

–Hay cosas de las que uno no puede jubilarse nunca... –comenzó.

–Ese verso lo conozco –lo corté fastidiado–. ¿Para quién trabaja?

Soslayó con cachuza elegancia mi tono de botón y me pasó por arriba:

–Ya no trabajo, usted lo sabe. Nadie me contrató. Digamos que fue por iniciativa personal, acaso por curiosidad –hizo una pausa–. Usted me cayó bien la noche de la Academia por ese gesto de involucrarse, y de involucrarme, en el quilombo de los luchadores. Esas no son cosas que hagan los representantes de jugadores de fútbol...

–Tal vez los arqueros sí... –tercié.

–Eso me lo explicará usted, si quiere o sabe; pero para mí fue evidente que usted, Pirovano, andaba en otra cosa, no sabía en qué... –levantó las cejas, complacido de su perspicacia–. Por eso, aunque pasara por viejo gagá o delirante, tiré un globo de ensayo...

–Ibrahim... –dije y entendí.

–Ibrahim –dijo y confirmó–. Y usted pasó la prueba: no saltó de la silla ni se puso a la defensiva; no se fue de boca ni se hizo el gil.

Aunque yo no era consciente de todo eso, asentí como si lo fuera.

–Ayer volví a la oficina después de mucho tiempo a buscar la carpeta de "Paredón" pero también a seguirlo de cerca a usted, Pirovano –prosiguió en tono confidencial–. Cuando lo alcancé en el ascensor estaba dispuesto a acompañarlo, porque le había visto la cara al recibir el fax con el dragón y supe que estaba desesperado. Sin embargo, el tono canchero con que me mandó a casa a trabajar de Isidro Parodi, encerrado como un viejo pelotudo en el geriátrico, me reventó.

–No fue mi intención –dije sin poder evitar la sonrisa.

–Pero fue el resultado: en ese momento decidí seguirlo. Amagué irme pero estuve tras sus pasos todo el día. Asistí a sus sucesivos desatinos - y marcó las eses, se quedó en la palabra exacta con que me desnudaba–. Pocas veces he visto hacer tantas boludeces en tan poco tiempo...

Y las enumeró sin piedad, me las recordó simplemente, del local de tatuaje a la excursión nocturna a lo de Vicky.

–¿Me siguió en el Plymouth? ¿Lo tiene todavía? –pregunté admirado.

–No puedo manejar por la misma razón que no puedo o no debo disparar: mi vista y mis reflejos dan pena. Me muevo en taxi.

–Le saldrá carísimo.

–Es de un amigo de Pichincha: me lleva, se entretiene.

Asentí. Quedamos unos instantes en silencio. De pronto me di cuenta de que el veterano que todo lo sabía no sabía lo fundamental:

–Mataron al Troglodita –le solté bruscamente.

–Cuénteme –dijo después de parpadear como ante una luz repentina.

–Fue esta madrugada, en la Reserva Ecológica...

–No: cuénteme todo, desde el principio, Pirovano –insistió–: cómo llegó hasta acá, qué significa todo esto... Si seguimos jugando a los secretos, yo me borro.

Y aunque supe que mentía, decidí confiar en él. En quién si no:

–Le contaré lo que pasó el que llamo "The Goalkeeper Day": "El día del arquero", bah... –dije en voz baja–. Todo empezó o terminó allí.

El martes: **16. Biografía del Caribe**

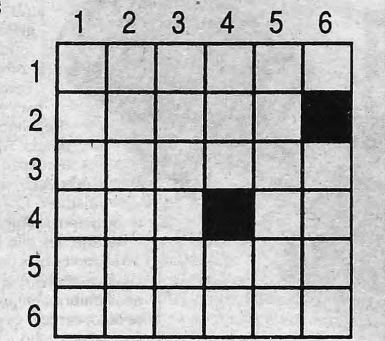
Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Alamos.
2. Erijo.
3. Galera.
4. Rae./ Ti.
5. Monada.
6. Osudos.

VERTICALES
1. Quieto.
2. Solera.
3. Fango.
4. Avo./ Sa.
5. Deshecho.
6. Lías.



ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.



24. Escaleras
A. Norte, porte, poste, peste, oeste. B. Rubi, rabí, rabo, robo, rojo.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

241
55 62
13 17
4 3
3

¿Anagrama o sinónimo?
SALOMA
ELEVO■
REGALA
ERA■IT
NOMADA
SOSOSO

241
117 124
55 62 62
26 29 33 29
13 13 16 17 12
7 6 7 9 8 4
4 3 3 4 5 3 1
2 2 1 2 2 3 0 1

CORRESPONDENCIAS

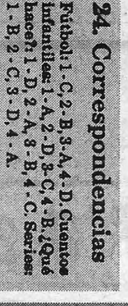
Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Fútbol
1. Colo - Colo — **A.** Uruguay
2. Santos — **B.** Brasil
3. Peñarol — **C.** Chile
4. Olimpia — **D.** Paraguay

¿Qué hace?
1. Stockhausen — **A.** Filósofo
2. M. Heidegger — **B.** Poeta
3. R. M. Rilke — **C.** Físico
4. N. Bohr — **D.** Músico

Cuentos infantiles
1. El patito feo — **A.** Hans Ch. Andersen
2. Blancanieves — **B.** James Barrie
3. Pinocho — **C.** Collodi
4. Peter Pan — **D.** Hermanos Grimm

Series
1. Kung-fu — **A.** Lee Majors
2. Kojak — **B.** David Carradine
3. Batman — **C.** Telly Savalas
4. El hombre nuclear — **D.** Adam West


24. Correspondencias
Fútbol: 1 - C, 2 - B, 3 - A, 4 - D. Cuentos infantiles: 1 - A, 2 - D, 3 - C, 4 - B. ¿Qué hace?: 1 - D, 2 - A, 3 - B, 4 - C. Series: 1 - B, 2 - C, 3 - D, 4 - A.